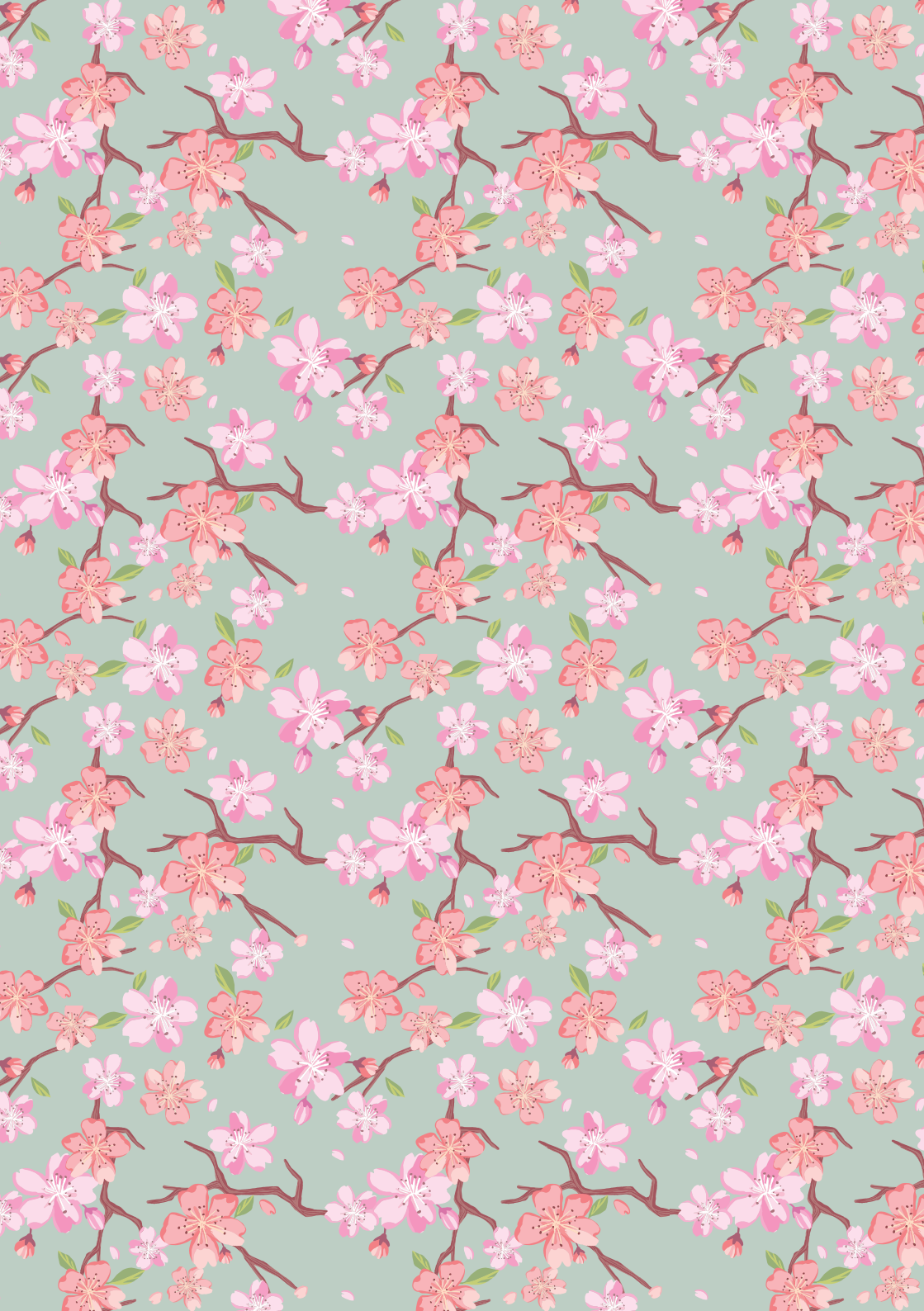


Doméstika

ARTE • TRABAJO • FEMINISMOS

5^{TO} Encuentro
IBEROAMERICANO
de arte, trabajo
Y ECONOMÍA
(SEIATE)



PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE CULTURA Y PATRIMONIO

Juan Fernando Velasco

**DIRECTOR (E) DEL INSTITUTO DE
FOMENTO DE LAS ARTES, INNOVACIÓN
Y CREATIVIDADES**

Bernardo Cañizares

DOMÉSTIKA: arte, trabajo, feminismos

5^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y
Economía (5EIAE), 2018

Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo Armas,
María Fernanda Troya

Quito: FLACSO, 2019

Textos

Amparo Armas Dávila, Paulina León Crespo,
Gabriela Montalvo Armas, Patricio Rivas,
Glenda Rosero, Alejandra Santillana Ortiz,
Paulina Simon, María Fernanda Troya,
Cristina Vega, Paola de la Vega

Edición de textos

Mauricio Montenegro

Diseño y diagramación

Isabel González

Lettering y portada

Carolina Iturralde

Fotografías

Jennifer Pazmiño, Tania Navarrete, Paulina León

ARTE ACTUAL FLACSO

La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro

Quito / Ecuador

www.artefactual.ec

artefactual@flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-514-4

Impreso por **HOMINEM**,

octubre 2019, Quito – Ecuador

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier medio
mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada
por los editores y se cite correctamente la fuente.



“Este material se realizó como resultado de la Convocatoria pública para apoyo institucional a la
movilidad, participación y representación internacional de artistas y trabajadores de la cultura del
Instituto de Fomento de las Artes, Innovación y Creatividades”

Introducción	II
Doméstika: arte, trabajo, feminismos	
5 ^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y Economía (5EIAE)	
Paulina León, Gabriela Montalvo Armas y María Fernanda Troya	
Economías feministas y trabajo en el arte	
- Des/armando imágenes de lo doméstico, del cuidado... ¿y del arte?	23
Cristina Vega	
- La precariedad en el trabajo del arte desde la perspectiva de la economía feminista	51
María Gabriela Montalvo Armas	
- El trabajo afectivo y el trabajo instrumental en la precarización laboral de los actores culturales	61
Paola de la Vega	
- Feminismos del desborde: La materialidad del cuerpo que crea y la organización de la esperanza	71
Alejandra Santillana Ortiz	
Narraciones doméstikas	
- Al carajo con la sopa	95
Paulina Simon	
- Un papá presente	107
Patricio Rivas	
- Yo materno	113
Glenda Rosero	
Experiencias durante el encuentro	
- Una mirada a la economía feminista: sostenibilidad de la vida vs. mercado. Herramientas para el análisis del trabajo artístico	121
Amparo Armas Dávila y María Gabriela Montalvo Armas	
- Zoco, experimento social de adquisición de arte	129
Paulina León Crespo	
Conclusiones	139
Cuidar, crear, reproducir la vida. Lo que los actores del arte y la cultura podemos aprender de los feminismos en movimiento	
Paulina León, Gabriela Montalvo y María Fernanda Troya	
Reseñas biográficas	148

Narraciones domésticas



Obra de Angélica Alomoto en Zoco. Fotografía: Tania Navarrete

Al carajo con la sopa

Paulina Simon

En mayo de 2017, el portal feminista *Soy la Zoila* me pidió que escribiera un artículo sobre maternidad. Así nació “Yo, la mala madre”, que se difundió ampliamente en redes sociales, por lo que llegó a las manos de una editora argentina, Vanesa Hernández, la Rusa, quien decidió que sería importante hacer un libro entero sobre este tema narrado en el estilo del artículo. Un año y medio después se publicó en editorial Paidós mi libro *La madre que puedo ser*, una crónica o un relato de no ficción sobre los artificios de la maternidad en nuestros tiempos.

En medio de los dilemas sociales y emocionales, uno de los temas más fuertes se volvió el trabajo. Tanto durante el embarazo como luego de ser madre, trabajar se convirtió en algo indispensable pero penoso. El trabajo, siempre atravesado por la discriminación, los horarios imposibles y las pagas miserables. Sobre eso habla esta versión más corta del séptimo capítulo de mi libro que compartí en el encuentro *Doméstika: arte, trabajo, feminismos*.

Desde muy joven tuve muchos oficios. Era al mismo tiempo periodista y mesera. Administraba el negocio de mi padre y era redactora *freelance*. Escribía acerca de cine y trabajaba en una empresa de turismo, hacía publlirreportajes, prólogos para libros, corrección de estilo de etiquetas para un almacén de bebés, daba clases de apreciación de cine y era relacionadora pública. Sin embargo, mis variados oficios no me habían llevado adonde había querido ir. Con cada nuevo trabajo cambiaban mis metas, me entusiasmaba con algo y abandonaba lo anterior, sin contar con lo mal que me pagaban en casi todo lado. Estaba siempre en ese estado de constante espera, pensando que en algún momento algo mejor caería del cielo para mí. No creía en nada, pero para esto de la vocación y del futuro profesional, para eso sí aplicaba una fe ciega en el universo y la buena fortuna. Sabía que eso que era para mí me encontraría. Y sí: eso que era para mí llegó. Y cuando lo hizo, tuve que repetir tres veces la prueba de embarazo porque no podía creer que fuera real.

Por esa época yo creía que tener hijos era un proceso de larga espera, y pensaba que, mientras me llegara, quizás podía obtener esa beca anhelada para estudiar afuera, conseguir un trabajo que me gustara, terminar ese libro imaginario de poesía o hacer una película.

Pero no fue así. Era tan sencillo tener ahora una buena coartada. Ser madre se convertiría en adelante en el mejor pretexto para todo lo que no quisiera hacer, lo que no podría hacer, y cosas como, por ejemplo, ir al gimnasio. Los hijos se vuelven un escudo humano frente a la vida laboral y la vida social. Pero no lo iba a descubrir aún sino hasta más adelante.

Durante las cuarenta y un semanas que duró mi embarazo trabajé sin descanso. Desde hacía diez años mantenía un trabajo administrativo que alternaba con otros de índole artística. Estaba en esa oficina todas las mañanas y luego, por las tardes, editaba un periódico para un festival de cine; un proyecto soñado, pero muy demandante. Se debía hacer en cuestión de dos meses lo que en realidad solía demorar seis, pero esos eran los tiempos y había que ajustarse. Yo era una esclava perfecta para este tipo de trabajos, me encantaban, era eficiente y obsesiva.

Para las fechas en las que se acercaba el cierre del periódico tenía que trabajar en una oficina que quedaba en el centro de la ciudad; iba en auto a pesar del caos que eso implicaba. Al final de uno de esos días, en el estacionamiento había una fila de una hora para pagar y poder salir. Yo no podía estar de pie todo ese tiempo, tenía que orinar cada veinte minutos. Me puse adelante en la fila pidiéndole al guardia que me permitiera pagar antes, pero frente a los gritos indignados de la gente el hombre prefirió ir a esconderse. Yo no entendía qué era lo que sucedía, era obvio que las mujeres embarazadas podían ir primero, pero a nadie le parecía justo. No me dejaban pasar. Un hombre gordo me dijo: “Mírame, yo también estoy embarazado”. Otra señora me dijo: “Aquí todas somos madres, haz la fila”.

No bastaba con estar embarazada para convencer a la gente o incluso a otras mujeres, madres, que yo tenía prioridad. Esta escena me dejó claro que ese iba a ser el modo de empezar a enfrentarme a la agreste sociedad en la que vivía, ahora que iba a ser madre.

Estas situaciones no cesaron cuando parí. Al contrario, se volvieron más comunes. No solo en la convivencia urbana sino en las relaciones laborales. A nadie le parecía que ser madre fuera una condición diferente para recibir las mínimas consideraciones; de hecho, en lugar de eso empecé a experimentar una discriminación más directa: “No creas que porque estás embarazada vamos a hacer excepciones con tus horarios”; “No creo que en tu estado puedas hacerte cargo de este proyecto”; “Ay, ¿no me digas que ya se volvió a enfermar tu hijo?”; “Te hubiéramos avisado de la reunión, pero como estabas sacándote leche...”; y sin embargo, cuando de verdad estaba sacándome leche en el receso, me tocaban la puerta muy apurados.

Cuando nació mi primer hijo tuve tres meses de licencia antes de volver a mi trabajo. Contaba los días con pánico. Cómo iba a dejar a esa criatura tan pequeña sola. Esa idea me parecía imposible. Cómo iba a dormir, cómo iba a comer, cómo iba a cambiarlo, cómo iba a hacer mi trabajo. Además, cómo se hace cualquier trabajo cuando se duerme tres horas diarias. No quería trabajar. No quería dejar a mi hijo de tres meses solo.

Mi trabajo, el que me esperaba, era el administrativo en la empresa familiar, y yo lo odiaba. Lo hacía por el sueldo, y porque pertenecía a mi familia y creía que era mi deber colaborar. También porque tenía miedo de decirle a mi papá que odiaba ese trabajo. Pero había llegado el momento de asumir que ya tenía otra familia y que mis obligaciones de cuidado y ayuda ahora pertenecían a alguien más. Había soñado diez años con dejar ese puesto sin tener el coraje. Ahora tenía la coartada perfecta: el bebé. Por primera vez pude usar las palabras: “No voy a volver a trabajar. Tengo que cuidar al bebé”. Mi padre entendió.

Vivimos una larga temporada juntos mi hijo y yo, todo el día solos los dos. Disfrutaba mucho de su compañía y del regalo hermoso que me había dado: mi libertad. No importaba si había logrado algo en mi vida profesional o no, pero había trabajado desde los dieciocho años y estaba agotada. Quería parar. El mundo productivo había desaparecido para mí. Nuestro trabajo juntos consistía en quedarnos en la cama y revolcarnos haciéndonos cosquillas. Cuando teníamos más organizadas las cosas, salíamos a pasear en el coche. Íbamos al parque, salíamos a comprar la fruta o la verdura que iba a probar ese día. Nos veíamos con otros bebés. Pedíamos la clase de prueba gratuita en todas las escuelas de estimulación temprana, música, gimnasia y piscina de la ciudad. Solo tomábamos esa primera clase y no volvíamos. Limpiábamos cada habitación. Lavábamos mucha ropa.

Mientras estaba en mi casa me empecé a dar cuenta de que no sabía qué tenía en los cajones de la cocina, que había olvidado la existencia de ciertos libros, que nunca había limpiado el polvo debajo de la chimenea, que nunca había prendido la chimenea. Lo que al inicio había sido una extraña sensación de claustrofobia, se convirtió de a poco en una oportunidad para dominar el subvalorado arte de ser ama de casa.

Empecé a pensar cada día más en mi madre y a anhelarla. Me volví su fan. Ella no lo sabe. Durante toda su vida fue ama de casa y nadie le enseñó. Tampoco nadie le agradeció jamás. Comencé a llamarla seguido para preguntarle cómo hacer un caldo, cómo hacer un puré, cuánto tiempo se cocinan las remolachas, cómo se sacan de la ropa las manchas de remolacha. Ella sabía todo. Yo, en mis múltiples oficios, había sido siempre obsesiva por dominar mis tareas. Ahora era ama de casa y me parecía un arte menospreciado. ¿Sabía alguien ahí afuera, en el mundo competitivo, por todas las cosas que debían pasar sus madres para tener la sopa lista? ¿Dónde estaba escondida la dicha de la casa y los hijos? Alguien nos había ocultado ese privilegio a las mujeres. La historia nos ha puesto en la cocina, nos ha sacado

de la cocina, nos ha puesto en una fábrica, en una oficina, nos ha asegurado que podemos hacer las dos cosas, nos ha exigido estar en la oficina y tener lista la sopa. Las feministas nos dijeron que al carajo con la sopa. ¿Qué hacer con este placer culposo de disfrutar de mi casa y de mi hijo y de mi desempleo? ¿O debería decir subempleo?

Sin embargo, dos años después esa pausa en mi vida empezaba a terminarse. La casa parecía una juguetería; en los buscadores de la computadora solo aparecían los videos de Masha, Pocoyó y Mickey; mi ropa manchada, de leche, de comida, las blusas grandes, todas con los cuellos enormes de tanto estirarlos para dar de lactar. Las salidas eran al parque, al pediatra, los fines de semana a las fiestas infantiles, a visitar a los abuelos. El dinero se empezaba a acabar. Todas las personas de las que estaba rodeada sostenían conversaciones que tenían “mi bebé” en cada oración: “Mi bebé ya gatea, ¿y el tuyo?”; “Mi bebé ensucia seis pañales”; “Mi bebé no se baña a diario”; Todo el resto de la charla tenía “papá” salpicado en dos de cada tres oraciones: “El papá no hace nada”; “El papá dice que me ayuda, pero en realidad se queda siempre dormido y deja al niño en la tele”; “El papá siempre llega tarde”. Esta misma rutina repetida durante siete días a la semana y por casi dos años dejó de ser un oasis de paz doméstica para volverse una camisa de fuerza.

La pausa terminó.

Invocé a la buena voluntad de algunas amistades y logré una entrevista de trabajo. Me acuerdo de haber sentido terror porque no tenía nada que ponerme. Hice lo mejor que pude. Sudaba mucho y hablaba muy rápido, pero me ofrecieron el trabajo. Tenía que pasar por una entrevista más pero casi me aseguraban que mi perfil era el ideal para este puesto. Alimentaba un poco mi autoestima tener un perfil ideal para algo diferente a fregar ropa manchada de puré y caca; pero de todos modos, estaba aterrada de haber llegado a esa instancia del proceso de con-

tratación. Era un lugar grande, había muchas responsabilidades, había que hablar otro idioma que no era el de “mi bebé” y “el papá”, había que estar presentable, había que no tener un hijo prendido al cuerpo. Pesadillas sobre un mundo mejor me dominaron hasta el día que me volvieron a llamar para la entrevista final. Acepté la cita, acepté el día y la hora, sabiendo que no iría. Veinte minutos antes de la entrevista llamé por teléfono y dejé un mensaje: “Es que mi bebé y el papá...”. No habría trabajo nuevo. Nada que aprender, zapatos incómodos que usar, transpiración que controlar. Bebé coartada me había vuelto a salvar. Cuánta confusión en la cabeza de esta madre que soñaba con irse, pero cuando se marchaba de la casa cinco minutos se ponía ansiosa porque extrañaba a su hijo. Al menos allí no había que presentar pruebas de buen desempeño, no había que manejar Excel, ni saber hacer balances. Había vuelto a ese estado de mi vida pasada: lo que fuera para mí, me encontraría.

Mi hijo me ayudaba a sortear mis temores. No porque me diera valentía, sino porque era un escudo humano. Colgarse al niño en el canguro era, de modo literal y simbólico, una protección. Tantas veces había creído que para los niños sus madres eran indispensables. Que su subsistencia dependía de ellas. Pero nadie me había dicho que mi seguridad en este momento también dependía de él.

Del mismo modo extraño como llegan las cosas, llegó la noche en la que me ofrecieron un trabajo soñado mientras estábamos en un coctel al que acepté ir gracias a la perseverancia de mi esposo, que había logrado sacarme de mi pijama, de la casa y de las quejas domésticas, que ya iban tornándose demasiado intensas. Volví a trabajar. Me costó mucho recuperar el ritmo, o más bien encontrar un ritmo que se adaptara al nuevo estilo de vida. No fue fácil concentrarse, fue imposible lograr el rendimiento de otra época, pero siempre había sido apasionada para trabajar y esta no fue la excepción.

Yo ama de casa. Fue un buen tiempo. No duró tanto.

Cuando quedé embarazada otra vez empezaron a aparecer problemas misteriosos. Reclamos irrelevantes sobre informes que no estaban impecables, exigencias de empezar a timbrar tarjeta, trabajo extra por las noches, quejas sobre si frente al público yo estaba dando más crédito a mi trabajo que al de la institución. La persona que me ponía el pie en cada paso que daba también me decía que no debía angustiarme en el embarazo, que debía cuidarme, me ponía las manos en la panza y me regalaba cosas de comer. Esta misma persona que se sentía amenazada por mi trabajo, o por mi embarazo, se aseguró de que no me renovarían el contrato a fin de año y que con mis siete meses de embarazo tuviera que llevarme mis cosas en una caja, sin que nadie me ayudara.

Como llegan las cosas, llegó otro trabajo similar, en la competencia, por así decirlo. Fue algo mágico que me dejaran empezar a trabajar con ocho meses de embarazo. Es inusual conseguir un puesto con una panza tan grande y cuando tus empleadores saben que en un mes te vas a ir por tres meses con permiso de maternidad. Era tal mi agradecimiento que trabajé durante toda mi licencia.

Con la necesidad económica, dos hijos, la indignación por lo que había pasado en mi trabajo anterior y un secreto deseo de venganza o de justicia, no cuestioné que quizá no me estaban haciendo el favor de darme trabajo como yo sentía.

Ahora la vida era levantarme muy temprano para preparar biberones, loncheras, pañaleras, dejar algo cocinado, hacer el desayuno, vestir a ambos niños. Manejar durante una hora por la mañana para dejar al niño en la escuela, al otro en la guardería y al fin llegar a trabajar. Las interminables tareas del trabajo, la burocracia, extraerme leche. Salir al mediodía, recoger al niño, traerlo a la oficina, esperar que no destruyera nada. Hora de salir, retirar al bebé de la guardería, volver a casa, bañar a ambos,

comer, hacerlos dormir, seguir trabajando en todo lo que no había conseguido hacer en el día. Resetear. Volver a empezar.

Las condiciones eran miserables y cada día me daba cuenta de que la ciudad entera estaba infestada de madres y padres de familia trabajadores en el tráfico a las seis de la tarde, tratando de llegar a sus casas para seguir con su trabajo doméstico. ¡Qué cuento era este que nos habíamos comido del progreso! Trabajar para mantener hijos a los que no puedes ver, trabajar para pagarle todo tu sueldo a las escuelas en el día y a alguien más por las tardes para que cuide a tus hijos, pagar lo que te queda al pediatra porque tus hijos viven enfermos, virus de guardería, virus de pena, virus de extrañar.

Cómo vivíamos así todos los días es algo que no me podía explicar. Dos años y medio más tarde tuvo que repetirse la misma historia para que entendiera que el sacrificio que estaba haciendo era demasiado grande. Me echaron. Sin explicaciones. No hace falta que aclare que este tipo de prácticas es bastante común en las instituciones públicas de Ecuador. Una vez que entregas todo lo que sabes hacer, contratan a alguien menor para que lo haga por menos sueldo.

Me encontré, esta vez en contra de mi voluntad, en casa de nuevo. La historia me volvió a poner en la cocina. Ahora con una depresión ganada y acumulada después de varios años de maltrato laboral. Consumida por el rencor y el arrepentimiento de haber dedicado tanto esfuerzo y recursos a proyectos ajenos mientras sentía que había involucionado en lo profesional, dejado de lado mi casa y puesto en segundo plano a mis hijos.

Pasé muchos días en cama o deseando estar en cama. Un verano entero sin vacaciones, sin dinero, aceptando los trabajos *freelance* más despreciables que había hecho en toda mi carrera: los guiones para un video de seguridad industrial de una cementera que quedaba a tres horas de donde vivía. Recorrer el inframun-

do convertido en una fábrica de cemento por una paga insignificante que, además, demoró más de seis meses en acreditarse.

Eso fue tocar fondo.

Me costó mucho trabajo levantarme. Había pasado de pedir perdón por ser ama de casa por elección, a sentir culpa por trabajar, a disculparme por no ser una persona productiva, a vivir la vergüenza de ser una mujer mantenida, a confrontar los celos que sentía de todos mis conocidos que triunfaban en sus vidas, mientras yo empujaba el columpio de mi hijo, vestida con una ropa inmunda, despeinada y con resaca.

Mi hijo me preguntó alguna vez: “Mami, ¿cuál es tu trabajo?”. “Cuidarte”, le dije. Me interpeló con dudas: “Pero ¿y tu trabajo de verdad?”. Intenté cambiarle el tema, pero fue tan persistente que me hizo enfurecer y soltarle con todo rencor: “¿Ves lo que estás comiendo? Eso lo hice yo. ¿Ves la ropa que tienes puesta? Esa ropa la lavé yo. ¿Ves tu casa limpia? Yo la limpié”. El niño me miró y me dijo, o más bien me preguntó: “¿Gracias?”.

Tenía razón, no tenía por qué agradecerme cuando le acababa de echar todo en su cara. Ese era el tipo de madre que había jurado no ser. La que vive del resentimiento crónico por todo lo que hace por los demás. Al final del día mis hijos no tenían la culpa del bache en el que me había caído y el vacío enorme que sentía ahora.

Los había culpado de llegar muy pronto a mi vida como para realizarme en lo profesional, los había usado para no trabajar en las cosas que no se me antojaban, los había dejado largas horas en la guardería para hacer el trabajo que decía amar. Qué responsabilidad podían tener sobre mis proyectos fallidos, sobre mi eterna postergación para lograr algo propio, sobre mi imposibilidad de encontrar un oficio que me calzara.

Había que empezar a hacer algo mío. Hacer lo que siempre había querido hacer: escribir, filmar, hablar con gente sobre escribir y filmar; pero ¿escribir y filmar qué? Qué difícil fue ver que el tema estaba delante de mis ojos. Ya lo estaba haciendo desde hacía años, pero nunca había pensado que eso que garabateaba podría tener valor.

Había llegado, una vez más, el momento de agradecerles a mis hijos. Primero por la fe, esa que nunca había ejercido en realidad, pero que ahora ellos habían sembrado en mí. La fe que me habían dado en que las cosas que eran para mí, llegarían. Y también debería agradecerles, pero no todavía, seguro lo haré en el futuro, por haberme dado tantas cosas sobre las que ahora, al fin, puedo escribir.



**Había pasado de pedir perdón por ser
ama de casa por elección, a sentir
culpa por trabajar, a disculparme por
no ser una persona productiva, a vivir la
vergüenza de ser una mujer mantenida, a
confrontar los celos que sentía de todos
mis conocidos que triunfaban en sus
vidas, mientras yo empujaba el columpio
de mi hijo, vestida con una ropa inmunda,
despeinada y con resaca.**



Obra de Paula Arias en Zoco. Fotografía: Tania Navarrete